

LA DUEÑA DE LAS ALAS

"Frida"

EN SUS INICIOS opacada por su pareja, Diego Rivera, Frida Kahlo unió luego la fama por su capacidad pictórica a la de su tormentosa existencia, una vida que compartía grandes sufrimientos físicos y una sensualidad exultante, una intimidad tumultuosa y el conocimiento de célebres hombres públicos. La intelectualidad excesiva de la película que le dedicó Paul Leduc (**Frida**) recreaba más que nada un espíritu, una simbología, una sugerencia colorística. La anécdota en sí casi se esfumaba en pro de la pretendida seducción visual y los juegos de significación que debía aportar un paciente espectador.

Con evidentes potenciales dramáticos, Frida Kahlo tiene este año en Montevideo dos fuentes de recuerdos. La primera es la obra estrenada por Claudia Pérez sobre texto del uruguayo Rafael Romano. La segunda vendrá en julio de la mano de Jorge Denevi, con texto del argentino Ricardo Halac. La fascinación del personaje, su insistencia en apostar al riesgo, su libertad individual envuelta en la cárcel de su cuerpo, son parte del material de la obra de Romano que, en la versión de la dirección, provoca el enfrentamiento de Frida a sus hombres y sus mujeres. Es así que desfilan desde su madre a la primera esposa de Diego Rivera, desde el padre a León Trotsky. El espacio no convencional de La Casona (cerquita del Punta Carretas Shopping) permite el trasiego de los espectadores de habitación en habitación, a fin de presenciar los pasos del vía crucis de esta mexicana que reafirma a cada paso su origen. La visualización se hace algo difícil al principio, a pesar de los contados espectadores que se admiten, para luego desembocar en pequeños pero definidos espacios donde el realismo convive con la fantasía, el

presente con el pasado, el arte con la vida. Romano tiene una escritura con un aire más trascendente del necesario, por más que las situaciones en general queden bien delineadas. Para el público desprevenido, las imágenes verbales sobrevienen como en catarata hasta que va logrando componer el rompecabezas de una existencia azarosa en la que no parece haber pausas. Cuadro de relaciones afectivas, de rechazos y atracciones fuertes, **Frida** va hacia adelante, pero no olvida los **flashbacks**; parte de un nacimiento para desembocar en una muerte, pero apuesta a la permanencia mediante lo artístico, con un toque festivo y musical que rompe la crueldad de buena parte de la realización.

Personajes de origen histórico y seres extraños y multifacéticos se van ensamblando en la trama que remite siempre a la figura central, encarnada por Graciela Escuder con una fuerza y una estampa muy particulares. Con un toque a lo Frida en lo físico, hace una creación impulsiva, sin medias tintas y hasta en algunos momentos avasallante de más, dada la cercanía del público. Tanto Fernando Beramendi como Alicia Garateguy funcionan en un plano coral, y las criaturas episódicas tienen resultados de diverso calibre, desde la sutileza hasta la grandilocuencia. Un marco extraño en lo escenográfico, que apunta a calvarios y a toques mexicanos, y el manejo esencial del color como elemento de definición del personaje y su mundo, aportan al espectáculo un aire ceremonial que busca compensar la vibración limitada de un texto con más regusto literario que dramático. Claudia Pérez, más allá de pequeños baches rítmicos o de alguna traslación de espectadores no tan fluida, logra



recrear ajustados climas, hacer interrogar sobre sus criaturas y valorar por encima de todo la búsqueda de vuelo de una mujer cuyas alas la alejaban, al menos por breves instantes, de un en-

tronque físico con el cual supo sufrir y gozar. ■

ALFREDO GOLDSTEIN

La Casona, domingo 13.